

La razón populista

Ernesto Laclau

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005, 312 páginas

Facundo Vega

Acaso hayan sido pocas las empresas intelectuales que al mentar la transformación de un plexo teórico, intentaran reparar un estado de excepción lingüístico con ingente denuedo. Sumado a ello, la diferencia específica de La razón populista persigue construir una nueva convención en torno al populismo, el cual probablemente luego de esta obra no deba ser concebido como una mera diatriba. Sin embargo, al exaltar el valor de los significantes, ¿no obtura resolutive, previsible y esencialmente la existencial decisión política?

La cifra de la eminente exégesis laclauiana se interroga sobre la lógica de formación de las identidades colectivas, en un viraje desde la aprehensión conceptual a la nominación centrada en el afecto. De este modo, se considera que el populismo no remite a un fenómeno delimitable sino a una lógica social, puesto que es considerado un modo de construir lo político. Ahora bien, para actualizarse, el mismo se vale de recursos retóricos que constituyen identidades populares. Sin más, mediante una cosmología de la novedad, Laclau sostendrá que “lejos de ser un parásito de la ideología, la retórica sería de hecho la anatomía del mundo ideológico” (p. 27).

El populismo posibilita la estructuración de la vida política a través de discursos que articulan elementos lingüísticos y no lingüísticos. Esta operación permitirá construir una neo-objetividad respecto al concepto estudiado, pero esta vez, desprendida de condenas éticas. Por ende, para este particular postestructuralismo deconstruccionista, la indeterminación de la realidad social será correspondida por la vaguedad constitutiva a la construcción de significados políticos relevantes.

Gracias a la ascendencia de Sigmund Freud, Ernesto Laclau pondera la superación del estudio psicológico de la canaille, de forma que la sugestión deja el sitio a la libido propia a la naturaleza del vínculo social. Así, “los lazos emocionales que unen al grupo son, obviamente, pulsiones de amor que se han desviado de su objetivo original y que siguen, de acuerdo con Freud, un modelo muy preciso: el de las identificaciones (...) la investidura en el objeto de amor significa que la libido narcisista se transfiere al objeto. Esto puede adoptar diferentes formas o mostrar varios grados, y su común denominador sería la idealización del objeto que se vuelve, así, inmune a la crítica” (p. 77-78). A criterio del autor de *Hegemonía y estrategia socialista*, el sentimiento de identifica-

ción comporta a los liderados in par materia con el líder. En suma, al estimar el momento equivalencial como el cimiento mismo del tejido social, Laclau aseverará que “(...) el relato que hemos presentado es el de los sucesivos esfuerzos para hacer compatibles las lógicas sociales homogeneizantes (o equivalenciales de) con el funcionamiento real de un cuerpo social viable. La dualidad homogeneización/diferenciación se mantuvo, pero adoptó cada vez menos el carácter de un dualismo” (p. 86).

A partir de aquí, Laclau mienta su propósito más específico, considerar el populismo como la vía real para comprender la constitución ontológica de lo político. Al valorar el discurso como ámbito relacional, la construcción de identidad se encuentra tensionada entre la lógica de la diferencia y la de la equivalencia. Sin más, “(...) esto significa que en el locus de la totalidad hallamos tan sólo esta tensión. Lo que tenemos, en última instancia, es una totalidad fallida, el sitio de una plenitud inalcanzable. La totalidad constituye un objeto que es a la vez imposible y necesario” (p. 94). En este caso, una diferencia, sin dejar de ser particular, asume la representación de una totalidad inconmensurable, y así Laclau define la identidad hegemónica como la operación lindante al significante vacío que requiere una investidura radical propia de la dimensión afectiva. El estro de La razón populista considera entonces al pueblo no a la manera de una expresión ideológica sino como una relación real entre agentes sociales vertebrado sólo a través de demandas populares. Si las demandas democráticas permanecen aisladas,

en oposición, las populares constituyen una subjetividad social amplia. Ahora bien, la aproximación al populismo se funda en tres dimensiones: “la unificación de una pluralidad de demandas en una cadena equivalencial; la constitución de una frontera interna que divide a la sociedad en dos campos; la consolidación de la cadena equivalencial mediante la construcción de una identidad popular que es cualitativamente algo más que la simple suma de los lazos equivalenciales” (p. 102). La expansión de la lógica de la equivalencia, pues, estriba en el trazado de una frontera antagonica de tal forma que el populismo sustancia una claudicación parcial de la particularidad. De esta manera, según Laclau, a diferencia del discurso institucionalista, en el populista tiene lugar una exclusión radical dentro del espacio comunitario; por lo tanto en él la plebs (los menos privilegiados) reclama ser el único *populus* (el cuerpo de todos los ciudadanos) legítimo. Es decir, una particularidad aspira a funcionar como la totalidad comunitaria en un espacio fracturado por el antagonismo constitutivo. En este caso, la hegemonía es producto de la construcción de una identidad popular y esta última se encuentra internamente dividida: por un lado es una demanda particular, por el otro es el significante de una universalidad más amplia. Luego, si la cadena equivalencial como totalidad es extensa, la identidad popular funciona como un significante con tendencia al vacío. Ello es así porque toda unificación populista acontece en un terreno social súmamente heterogéneo y allí, el nombre del líder en tanto singularidad da identificación a la unidad del grupo.

En la medida en que *La razón populista* tematiza el pasaje de las demandas particulares a una global, precisa una transición lejana a la lógica, la dialéctica y la semiótica y cara a la nominación presente en la investidura radical. Esta última no es más que el hacer de un objeto la encarnación de una plenitud mítica valiéndose del afecto y de la contingencia. En clave laclauiana: “no existe ninguna plenitud social alcanzable excepto a través de la hegemonía; y la hegemonía no es otra cosa que la investidura, en un objeto parcial, de una plenitud que siempre nos va a evadir porque es puramente mítica (en nuestras palabras: es simplemente el reverso positivo de una situación experimentada como “ser deficiente”)” (p. 148).

Luego de considerar la lógica del objeto a y la lógica hegemónica como equipolentes, se sueltan marras respecto del marxismo tradicional. Si éste concebía el acceso a una totalidad sistemáticamente cerrada, el enfoque hegemónico hace añicos aquel esencialismo; puesto que sustenta un horizonte totalizador que está dado por una parcialidad —la fuerza hegemónica— que asume la representación de una totalidad mítica. Para ello, esta lógica política se sostiene sobre un discurso impreciso y fluctuante, y una demanda ya popular adquiere centralidad volviéndose el nombre de algo que la excede.

Cabe destacar que en la tematización de la heterogeneidad social el autor de Emancipation(s) llama a olvidar a Hegel. Así, sostiene que: “(...) el antagonismo no es inherente a las relaciones de producción sino que se plantea entre las relaciones de producción y una identidad que es externa a ellas. Ergo, en los anta-

gonismos sociales nos vemos confrontados con una heterogeneidad que no es dialécticamente recuperable” (p. 188). En este punctum, cobra vigor la querrela que Laclau realiza a las tematizaciones de Slavoj Žižek. De acuerdo al primero, la historia no redonda en un proceso autodeterminado y ello porque todas las luchas son, por definición, políticas, de modo que la heterogeneidad constitutiva del lazo social implicará que la sociedad y el pueblo sean constantemente reinventados. Lo político, pues, instituye lo social. Luego, al adensar su teorización, Laclau estima que “la emergencia del pueblo depende de las tres variables que hemos analizado: relaciones equivalenciales representadas hegemónicamente a través de significantes vacíos; desplazamientos de las fronteras internas a través de la producción de significantes flotantes; y una heterogeneidad constitutiva que hace imposibles las recuperaciones dialécticas y otorga su verdadera centralidad a la articulación política” (p. 197).

Como resulta notorio, el *continuum* otorga atención a la representación. Aun así, aquí pervive un locus de tensión dado que coexisten dos movimientos: el que se dirige desde los representados al representante y el inverso, desde el representante a los representados. Ahora bien, si con Claude Lefort se arriba a la transformación simbólica del imaginario político que asumió la descorporeización materializada en el poder en tanto esencialmente vacío, en la teorización de Laclau, la vacuidad se produce mediante el funcionamiento de la lógica hegemónica, de modo que resulta un tipo de identidad y no una ubicación estructural. Sólo de ese modo se interpone su *dictum*: no hay una

relación necesaria entre la tradición liberal y la democrática sino una articulación histórica contingente. La democracia sólo puede fundarse en la existencia de un sujeto democrático, la vacuidad, entonces, apunta a la plenitud ausente de la comunidad encarnándose en una fuerza hegemónica.

Posteriormente al *status nascens* del texto, sus hipótesis se contrastan bajo el análisis del populismo estadounidense, el kemalismo turco y el —más cercano vivencialmente— peronismo de la resistencia. De cualquier manera, el corolario de su postestructuralismo deconstruccionista comporta en Laclau la aseveración de que en oposición al anunciado fin de la política, lo que ha de producirse es “(...) la llegada a una era totalmente política, dado que la disolución de las marcas de la certeza quita al juego político todo tipo de terreno apriorístico sobre el que asentarse, pero, por eso mismo, crea la posibilidad política de redefinir constantemente ese terreno” (p. 275-276).

En la tensa interposición entre la universalidad del *populus* y la parcialidad de la plebs, la peculiaridad del pueblo alza la razón populista como razón política *tout court*. De este modo, Laclau persigue contrariar la asunción del fin de la política ínsita tanto en el evento revolucionario total/reconciliacionista como en la práctica gradualista administrativa. Así, allende la escisión infraestructura-superestructura, sostiene: “la historia no es un avance continuo infinito, sino una sucesión discontinua de formaciones hegemónicas que no puede ser ordenada de acuerdo con ninguna narrativa universal que trascienda su historicidad contingente” (p. 281).

Pour finir, La razón populista patentiza acuerdos y desacuerdos teóricos respecto a disímiles empresas intelectuales contemporáneas. En primer lugar, Slavoj Žižek es considerado un estandarte novedoso del marxismo tradicional que reduce la unidad popular a unidad de clase. Si el autor de *The Sublime Object of Ideology* cargó tintas contra el kantiano, multiculturalista y resignado intento laclauiano, la respuesta comporta que en Kant efectivamente existe el rol regulador de la Idea y la aproximación infinita al mundo nouménico, pero ello no ocurre en el caso de una identificación hegemónica. Lo antedicho tiene como *grund* revisar las homologías artificiales que remiten al eclecticismo del análisis de Žižek, ligado por un lado al psicoanálisis y al descubrimiento freudiano del inconsciente y por el otro a la filosofía de la historia hegeliana/marxista. Al acusarlo por su trascendentalismo economicista, Laclau afirma que Žižek no provee ninguna teoría del sujeto emancipatorio aunque reivindique el valor de la lucha anticapitalista. De cualquier manera, en *La razón populista* se indica que: “él permanece dentro del campo de la inmanencia total —que, en términos hegelianos, sólo puede ser una inmanencia lógica—, mientras para mí, el momento de la negatividad (inversión radical, opacidad de la representación, división del objeto) es irreductible. Ésta es la razón por la cual, en nuestra visión el actor histórico central —incluso aunque en cierto punto pueda empíricamente ser una “clase” — siempre va a ser un “pueblo”, mientras que para Žižek siempre va a ser una “clase” *tout court*. En tanto que aquí él está más cerca de Hegel que de Lacan, pienso que

yo me acerco más a Lacan que a Hegel” (p. 297).

En segundo lugar, a diferencia de lo expresado en cuanto a Zizek, en *Imperio*, la obra de Antonio Negri y Michael Hardt no existe una preeminencia ontológica trascendental, sino que las luchas sociales convergen en la multitud. Esta inmanencia radical es visible en un imperio sin límites ni centro. Según Laclau, en *Imperio* desaparece la construcción política de modo que la multitud sólo consigue la unión en el estar en contra propio de la deserción universal. Si en la teorización de aquél la unidad a partir de la heterogeneidad presupone la interposición de lógicas equivalenciales y la producción de significantes vacíos, en la de Negri y Hardt es resultado de la tendencia natural a la rebelión que desprecia el proceso político. A la vez, “en lo que se refiere a la idea de una totalidad imperial sin un centro —una especie de eternidad spinozeana— de la cual hubieran desaparecido los polos internos de poder, ella no es más adecuada. Nos basta ver lo que ha ocurrido en el escenario internacional a partir del 11 de septiembre de 2001” (p. 300). Entonces, a diferencia de la inmanencia spinozeana/deleuzeana, Laclau opone una trascendencia fallida, es decir, la trascendencia presente como una ausencia dentro de lo social.

Por último, se vislumbra el encuentro respecto a Jacques Rancière. Al construir su concepto de pueblo, el francés señala un mésetente entre la filosofía política y la política, en tanto la primera intenta neutralizar los efectos sociales negativos de la segunda. La *police* rancièreana abreva en el intento de re-

ducir todas las diferencias a parcialidades dentro del todo comunitario; su política, en cambio, supone una distorsión inerradicable, puesto que es una parte que funciona al mismo tiempo como el todo. A pesar de las similitudes, Laclau estima que la errancia en Rancière remite por un lado a que considera las posibilidades de la política en liaison únicamente con la emergencia de una política emancipatoria y por el otro, a la excesiva preeminencia de la noción —heterodoxa— de lucha de clases.

Allende el final, resta vislumbrar si uno de los más prolíficos intentos exegéticos que se haya realizado sobre la obra de Ernesto Laclau muestra una lógica esparrancada al estado de resolución. Pues la exterioridad constitutiva del sistema pasada por el tamiz deconstruccionista, ¿configura una alternativa radical al racionalismo esencialista? ¿El dinamismo de la hegemonía presenta una antítesis al funcionamiento autorreproductivo, regular y previsible del sistema que cuestiona; el cual en la era de la globalización es —tal como la voz del filósofo político decisionista sostiene— el de la circulación irrestricta de los significantes? Por fin, ¿resulta el postestructuralismo laclauiano un feble deudor de la ontología de la discursividad, enalteciendo la (razón) política (populista) como actividad total y anulándola en ese mismo instante? Si bien lo expresado no doblega la novedosa construcción expuesta, repetimos, aún luego de ella: “Das Wesensverhältnis zwischen Tod und Sprache blitzt auf, ist aber noch ungedacht” (“La relación esencial entre muerte y lenguaje centellea, pero aún no está pensada”).